

POESÍA:

EL AZAR
E
Y

93

El azar rey, titulamos así la sección dedicada a la creación poética de esta publicación, que fue el nombre del único número de la revista promovida por los poetas Teófilo Tortolero, J. M. Villarroel París y Eugenio Montejo en Valencia en 1965, hace 45 años, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Carabobo, la cual vislumbró en parte, lo que ha sido la creación poética venezolana de la segunda mitad del pasado siglo. Iniciamos nuestro recorrido, precisamente, con la reproducción del texto editorial o manifiesto literario, de aquel solitario número producido por estudiantes *ucistas* en la década del sesenta, el mismo que, pensamos, fue determinante en la direccionalidad de posteriores publicaciones tales como *Separata*, *Zona Tórrida* y *Poesía*, asumidas de manera institucional por la alta casa de estudios. Queremos homenajear de esta manera al nacimiento de aquella percepción y destacar la importancia que en el movimiento cultural nacional, han tenido los poetas vinculados a la institución universitaria carabobeña, sin embargo, *Poesía: El azar rey*, sólo aspira lograr el espacio libre que propone y el lenguaje de sentido que expresa el hecho poético mismo. Las obras de J. M. Villarroel París y Teófilo Tortolero son menos conocidas que la de Eugenio Montejo, pero no de menor calidad e importancia.

94

Los textos de creación escogidos para abrir este espacio pertenecen, precisamente, a un poemario escrito por uno de los fundadores de *El azar rey*, el poeta J. M. Villarroel París y fueron escritos una década antes del fallecimiento del autor en Valencia, ciudad en la cual se había radicado desde comienzo de los años cincuenta. Pertenecen y constituyen los *Cantos paganos*, quince textos inéditos que el poeta me entregó en una copia junto con otros materiales en los meses previos a su muerte. El poemario estuvo algún tiempo en las manos del doctor José Solanes y luego el original permaneció extraviado durante años hasta que un afortunado día fue encontrado en el relleno de un archivador metálico en 1994. Publicamos ahora la breve y especial nota escrita por el gran humanista y amigo José Solanes, quien como “Los tres mosqueteros” de El Azar Rey, ya no se encuentran físicamente con nosotros, sin embargo, los poemas y la perspicacia de la joven visión, parecieran mantener incólume junto al ensayo de Solanes, la frescura y el vigor creativo, derrotando el olvido y la decadencia misma que a los humanos el tiempo nos imputa. (LAA)

En los últimos años el hacer poético en Venezuela ha logrado una sacudida sustancial, un fundamento tan vitalizado como antes no pudo palparse en su conjunto. Los nuevos poetas han comprendido la necesidad de asimilar dramáticamente una realidad olvidada pero viva, demasiado tensa para tolerarnos la indiferencia. En ese espinoso paisaje que el trópico acomete a pleno sol, hasta pulverizarnos, palpamos día por día un aire inflamado, oscuro, una zona de lucha emergida en todos los campos que opone, a la imagen de un país fabuloso en su riqueza, un reverso de grave angustia que nos toca recoger con dolor. Frente a esa fuerza de realidad estallante, palpable en su acometimiento diario, los jóvenes artistas no pueden oficiar un silencio que propicie confusión.

95

Creemos que el poeta no lo es tanto por su don de profecía, su videncia de futuro, como por encarnar en un tiempo dado de la historia, una síntesis proyectada hacia lo absoluto de las aspiraciones y sufrimientos colectivos. Si se elude ese sentido pendular, si se funda una creación fuera de esta gravedad primigenia, las palabras por arte de magia, se desploman, y todo lo dicho queda en cero. Este es el sentido mítico primero de lo poético.

Tal vez nunca como ahora una juventud quema sus alcoholes en la embriaguez más cercana a la vida. Se habita el fondo del ser, el espacio rehusado, allí donde la piel se vuelve carnadura sin falsedad: se mira de frente y se dice (se parece) el canto de las cosas, el clamor de los hombres con toda la fuerza de lo vital, porque la lengua se posa en una saliva (de) contaminación. Exploramos la forma de una nueva poemática no para detectar placeres ocultos de la imaginación, sino para reencontrar por caminos más fieles a nuestros pies los temas centrales del habitante contemporáneo.

Cantamos lo nuevo, lo que va a venir. Quiere decir que nos importa mucho el hombre nuevo, los hábitos espaciales, la lógica de las galaxias. Reivindicamos el viejo goce romántico de la selenografía porque las órbitas

que nos separan de los espacios lunares se acercan al límite de lo tangible. Sabemos que el universo antropocéntrico, ese soporte absorbente que ha limitado las estéticas más audaces, se desplaza hoy hacia polos de gravitación más amplios y educamos la mente para aceptar con humildad las nuevas dependencias, hoy excitantes por desconocidas. –“A cada derrumbe de las pruebas, el poeta responde con una salva de porvenir.”

La poesía y la verdad aparecen fundidas como nunca en los tiempos que nos ha tocado vivir. En la gran manada que aúlla con toda la gana de la especie, no caben los verbalistas a destajo, los que dan a la venduta una precaria imagen de escritor, los que se niegan a aventurar en ese salto hacia lo oscuro que es la creación.

Más que una ejercitación alquimista, una invocación agorera, el trabajo poético plantea para nosotros una seriedad profunda, capaz de sacudirnos toda la sangre en la alimentación de su exigencia, que es la misma exigencia de la verdad. Bordeamos un límite impreciso donde comienza un camino. Intuimos su proyección, nos sentimos seguros en su desfiladero. Hasta podríamos invocar aquella piedad invocada por Apollinaire “para quienes combatimos en las fronteras de lo ilimitado y del porvenir”, pero queremos zarpar sin salvavidas. El juego de nuestro poema quiere tener los dados limpios.

El Azar Rei (Sic) recoge en su nombre –una línea perdida de Camus– el significado principal del canto poético. No pretendemos esquivar nuestra responsabilidad creadora tras una ventana del azar, aunque éste sea, al decir de Aragón, “la única divinidad que ha servido conservar su prestigio”. Tenemos aprendido que todo vocablo nace por gestación elaborado en la vida de su creador y que una circunstancia vivencial moldea su contenido, lo hace vivir. Por su parte, la intención poética hace volar más aprisa el pensamiento, en un clima cuya presión incluye los riesgos de un estallido cefálico. En ese aire se sondea para crear. Y si bien la pesquisa depende de nuestras dotes innatas o adquiridas, por un alea fulgurante, por un azar rey, se nos descubre en conmoción súbita el camino exacto del poema. En ese instante supremo que domina el hallazgo, el poeta representa, en sus virtudes y defectos, toda la humanidad.